



vocación integradora, aspira en todo momento a fomentar esa reflexión. Si se discrepa de esos procesos, en todo caso, esta obra conservará su utilidad formativa sobre los distintos aspectos de la historia y el presente de realidades que están vivas (se piense lo que se piense de ellas), y servirá, asimismo, para realizar un ejercicio de cavilación sobre las «perspectivas» aludidas en el título al calor de los argumentos expuestos por los diversos autores y su contraste con las ideas propias. En definitiva, no es una obra sencilla para todos los lectores, que se verán ante numerosos datos y puntos de vista, pero es un trabajo completo, multidisciplinar, importante para los objetivos que se propone y útil para el debate general.

Xavier María RAMOS DIEZ-ASTRAIN
Universidad de Valladolid

David PÉREZ FERNÁNDEZ, *Turquía. Las relaciones internacionales y la Unión Europea hasta la presidencia de Recep Tayyip Erdogan*, Ediciones Universidad de Valladolid, 2019, 243 pp.

El primer libro del doctor en Historia Contemporánea David Pérez Fernández nos desgana lo más relevante de su tesis doctoral titulada “Turquía y la Unión Europea: nueva frontera del sureste europeo”. Nos encontramos ante una de las escasas obras que existen en castellano sobre el tema de Turquía, un aspecto poco tratado en la historiografía española.

A nivel de desarrollo, esta obra se subdivide en dos grandes apartados, que contiene el período que abarca desde los inicios de la República turca, creada en 1923 por Mustafa Kemal Atatürk, hasta el año 2014. Este fue el año en el que el entonces primer ministro de Turquía, Recep Tayyip Erdogan, pasó a convertirse en el decimosegundo presidente en ejercicio de la República turca. Un primer gran apartado engloba las relaciones de Turquía con la región del Kurdistán, así como con los países de su entorno más cercano, tales como el Oriente Próximo y Medio, Asia Central y el Cáucaso sur, sin olvidar el conflicto greco-turco por la isla de Chipre. La multidisciplinariedad es la característica principal que emana de sus epígrafes, puesto que estos abarcan desde aspectos políticos, sociales o económicos, hasta defensivos o geoestratégicos. Cabe destacar el análisis breve y conciso que facilita su lectura. El segundo apartado diserta acerca del largo y complejo camino de Turquía hacia su integración en la Unión Europea (UE), aspecto en el que todavía está inmerso el país y que dio sus primeros pasos en 1959, fecha en la que solicitó ser miembro asociado de la, por entonces, Comunidad Económica Europea (CEE). El libro se cierra con unas conclusiones que se centran en uno de los mayores puntos de interés de la actual agenda del Gobierno turco en política exterior: su

adhesión a la UE. El principal obstáculo es la falta de convergencia con los criterios de Copenhague, que fueron establecidos entre 1993 y 1995. Estos hacen referencia a varios aspectos, tanto políticos y sociales como económicos, que todo país debe cumplir en su totalidad, si quiere pasar a formar parte como miembro de pleno derecho de la Unión Europea.

Tal y como se expone en el libro, la política interior y exterior del actual presidente turco se ha encaminado hacia dos claros objetivos: el neootomanismo y la progresiva islamización del país, dejando atrás al kemalismo. Hechos recientes como la conversión de la basílica de Hagia Sophia en mezquita, los choques con Grecia en aguas del mar Egeo o su intervención en la guerra de Libia así lo atestiguan. En lo que respecta a la política interior y exterior de Turquía, tenemos la cuestión del Kurdistán que, tal y como expone el autor, ha ocasionado problemas al estado turco desde mediados de los años veinte del siglo pasado; tales como revueltas, atentados terroristas y la creación de diferentes partidos políticos. Entre ellos destaca el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), fundado por Abdullah Öcalan. La política de intervención del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) hacia el Kurdistán se incrementó desde 2007, ya con Erdogan afianzado en el poder. Posteriores negociaciones secretas, entre el PKK y el Gobierno de Ankara, dieron como resultado el anuncio, por parte de Turquía, del estudio de la denominada Iniciativa Democrática (ID) propuesta por los representantes kurdos en 2009 y que acabaría fracasando. Como el autor indica (pág. 47), un nuevo hecho, las revueltas árabes de 2011 propiciaron la colaboración de Siria con el PKK. Mientras que, a partir de 2012, serían los kurdo-iraquíes los que se acercarían a las posturas de Ankara. Ejemplificadas estas en la figura de Ahmed Davutoglu, ministro de Exteriores, que pergeñó la arquitectura del nuevo neootomanismo en la política exterior turca de comienzos del siglo XXI. Como se destaca en esta obra, resolver el problema kurdo era absolutamente necesario si Turquía quería acceder a la Unión Europea, pero también como demostración del afianzamiento de la democracia en Turquía.

A nivel exterior, el comentado neootomanismo jugaría un papel de crucial importancia en la agenda internacional turca, sobre todo desde 2002, dado que para el AKP la futura integración en la UE supondría que el Próximo y Medio Oriente podrían pasar a ser las futuras fronteras surorientales de la Unión Europea. En esos espacios encontramos varios países con los que Turquía tiene vínculos de diversa índole y que en el libro se exponen con un trato individual para cada estado. Con Siria las relaciones diplomáticas han sido y son problemáticas debido a tres aspectos: la cuestión territorial de Hatay, los embalses del Éufrates y la capacidad militar del PKK. Sin embargo, la llegada al poder del partido de Erdogan propició un acercamiento entre Ankara y Damasco, roto por las ya comentadas primaveras árabes de 2011. La tensión se mantendría en 2012 y 2013, a la par que la inestabilidad en la frontera con Siria se incrementaba por la participación de organizaciones vinculadas al islamismo radical (como el Estado Islámico o ISIS), no considerado una amenaza por el presidente turco, al contrario que los kurdos.

En lo referente a Irak, le unía con Turquía la conexión mutua con la cuestión kurda, compartida desde mediados del siglo pasado. El comienzo del siglo XXI, con

el inicio de la Segunda Guerra del Golfo y la victoria del AKP, cambió esta percepción. El principal interés del gobierno turco está en el Kurdistán iraquí, que sirve como contrapeso a la relación de Siria con el PKK y, principalmente, en su presidente, Massoud Barzani. Todo ello devino en la creación de un Consejo de Cooperación Estratégica de Alto nivel en 2008 y de la celebración en 2009 de una cumbre Turquía-Irak en Bagdad, que se vio empañada a partir de 2010 por un progresivo distanciamiento mutuo. Este alejamiento se puede explicar, según Pérez Fernández (pág. 56), por la salida precipitada de Estados Unidos de Irak y el comienzo de las revueltas árabes.

Israel es otro de los países al cual hace referencia el libro, un foco de tensión permanente, pero con el que las relaciones con Turquía han sido de un socio de primer nivel, sobre todo a partir de los Acuerdos de Oslo de 1993, en los campos económico y militar. Sin embargo, el comienzo del siglo XXI con la nueva Intifada y la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo en el país otomano daría lugar a un enfriamiento y un aumento de las tensiones mutuas. Posteriores desencuentros llevaron a no progresar en el entendimiento recíproco. El presidente turco llegó incluso a calificar a Israel, en una ocasión, como una amenaza para la región y su entorno

Turquía también comparte frontera común con Irán, país musulmán y de mayoría chií, característica esta última que introdujo un factor desestabilizador en la zona a partir de 1979, pasando de ser aliados a rivales ideológicos. Tras las malas relaciones de los años 90, el punto de inflexión se produjo con la invasión de Irak en 2003. A resultas de ello, el presidente turco viajó a Teherán para firmar el «Memorandum de Entendimiento sobre Cooperación en Seguridad», y se fortalecieron los contactos en el campo energético. La llegada de las revoluciones árabes de 2011 distanció a ambos países, pero la elección de Hasan Rouhani a finales de 2013 como presidente de Irán devolvió las relaciones bilaterales a una nueva perspectiva, con un mayor entendimiento sobre todo a nivel económico.

Las relaciones de Turquía con Asia Central se basan no sólo en la cercanía a nivel religioso, cultural o económico, sino también en su posición preeminente en la región. Se reproduce lo que podríamos denominar un nuevo «Gran Juego» por parte de Asia Central, similar al que se enfrentó con los imperios ruso y británico por esos territorios a lo largo del siglo XIX. Esta situación ha propiciado que actores tan relevantes en la política internacional actual como Rusia, Estados Unidos, China o la UE se fijen en ellos. Así lo atestiguan las acciones de personalidades tan importantes de la política turca como el ex ministro de Asuntos Exteriores Ahmed Davutoglu o el expresidente Abdullah Gül, el adalid del acercamiento a las naciones centroasiáticas, que confirmó el neootomanismo de la nueva política exterior turca. Un aspecto importante de la política turca hacia la región ha sido la promoción del islamismo, sobre todo en la década de los noventa del siglo pasado, ayudado por la existencia en la zona de varios movimientos fundamentalistas islámicos.

A comienzos del siglo XXI Rusia también juega un papel fundamental en sus ex repúblicas de Asia Central, todo ello de la mano del presidente Vladimir Putin, que contrarrestó la influencia turca con mayor cooperación militar y la inversión de

unos recursos financieros que cuadruplicaban lo desembolsado anteriormente por Turquía. La llegada al gobierno del AKP posibilitó un cambio en el paradigma de las relaciones hacia esta región, que se potenció desde 2010 con la firma de diversos acuerdos con todas las repúblicas centroasiáticas excepto con Uzbekistán.

El conflictivo Cáucaso sur es otra de las regiones fronterizas con Turquía y, como Asia Central, constituye un espacio de interés para el desarrollo de una política económico-estratégica y cultural. Políticamente, Ankara se orienta hacia el único país musulmán del Cáucaso, Azerbaiyán, con el que mantiene relaciones muy cordiales, no sólo por su apoyo en el conflicto del Nagorno Karajab, sino porque ambos han potenciado la colaboración energética y de seguridad en los últimos tiempos. Al igual que en Asia Central, a día de hoy, la injerencia de Rusia sobre sus ex repúblicas del Cáucaso sur sigue siendo importante, no en vano es su «patio trasero». Turquía ha intentado mediar en los conflictos de una zona donde, al igual que en Asia Central, ha hecho grandes inversiones. De ahí su interés en la estabilidad regional, poniendo de relieve, una vez más, esa política neootomanista tan en boga en las relaciones internacionales turcas actuales. Con Armenia, las relaciones no son buenas, debido, en buena parte, al genocidio ocurrido durante la Primera Guerra Mundial y que Turquía sigue sin reconocer a día de hoy.

Asociado al Cáucaso sur y a Asia Central aparece un epígrafe que en el libro se titula “La cuestión de la energía y Turquía”. Se apunta que, para Ankara, la necesidad de energía y el deseo de extender su influencia llevaron a los sucesivos gobiernos a esforzarse por llegar a ser la principal ruta de exportación de la energía desde Asia Central hasta Europa. A resultas de ese interés y como constata el autor (pág. 106): «a la llegada de Erdogan a la Jefatura del Estado, Turquía estaba atravesada por oleoductos y gasoductos, en funcionamiento, en proyecto y en construcción, lo que posicionó al país como un actor geopolítico fundamental en los planes de diversificación de los hidrocarburos. Centrado en el gas y destacando el proyecto Nabucco, respaldado por Estados Unidos y la Unión Europea». Esta apetencia del Gobierno norteamericano también se puede observar en su apoyo a otro proyecto inaugurado en 2005, el oleoducto BTC (Bakú-Tbilisi-Ceyhan), considerado esencial a nivel geoestratégico y político, así como una forma de asegurar una región en la que tiene grandes intereses.

Las recientes relaciones entre Grecia y Turquía no pasan por su mejor momento, debido a las citadas injerencias turcas en aguas del Egeo griego para prospectar en busca de hidrocarburos. Hay que recordar que Turquía no ratificó la Convención de la ONU sobre el Derecho del Mar. Sin duda es el conflicto greco-turco por Chipre lo que enturbia sus relaciones bilaterales desde la partición de la isla en dos mitades tras el intento fallido de Enosis (Unión) griego de 1974 y la posterior ocupación turca del norte de la isla. A lo que se añade la relación del país otomano con la UE, ya que la República de Chipre es miembro de la Unión desde 2004. El no reconocimiento de Chipre ha supuesto, como se pone de relieve en el libro, un freno constante en las negociaciones con Turquía para su adhesión.

El segundo gran bloque del libro estudia las relaciones entre Turquía y la UE. Lo primero que apunta el autor es que fue un proceso largo y complejo, ofi-

cialmente iniciado en 1959 y que en 1963 continuó con la firma de un acuerdo de asociación entre Turquía y la Comunidad Económica Europea en aquel entonces. En este largo recorrido que, a día de hoy, todavía no ha terminado y que el autor analiza hasta finales de 2014, Turquía estuvo sometida a una gran inestabilidad interna, soportando varios golpes de Estado (el último en 2016). A lo que hay que sumar diversos factores externos, que han llevado a que las políticas realizadas por el gobierno de Ankara estuvieran orientadas a «europeizar Turquía». En todo este periodo histórico el papel del ejército ha sido fundamental ya que, pese a su tendencia a mirar hacia el oeste, como prueba su participación en diferentes organizaciones de seguridad y defensa del bloque occidental (tales como la OTAN, el Pacto de Bagdad o la OSCE), fue clave al impedir dar pasos más firmes para la entrada del país en la UE, negándose a llevar a cabo las reformas democráticas que aquella demandaba.

Aun con todo, en 1970 se firmó un Protocolo Adicional al Acuerdo de Asociación, que entró en vigor en 1973. Se suspendieron las relaciones en 1982, pero se volvieron a reanudar en 1986. Pedían la entrada en la Unión Europea Turquía y Marruecos al unísono. Ambas propuestas fueron rechazadas en 1989 al no cumplir ninguna los criterios políticos y económico exigidos. Según la profesora Meltem Müftüleri-Baç, durante los años noventa las objeciones de la UE a la entrada de Turquía se basaban en factores económicos, el problema kurdo, el veto griego y el problema de Chipre y el estado de la democracia turca y los derechos humanos.

No fue hasta finales del siglo XX cuando se dieron los pasos más firmes hacia la integración de Turquía en la UE, de manos del AKP y su principal valedor, Recep Tayyip Erdogan, reconociéndose a Turquía como candidato para la entrada en la misma. Este interés, como afirma el autor, había comenzado en su primera legislatura al frente del gobierno turco (2002-2006), apostando fuerte por el proceso negociador. En esta etapa inicial se reconoció el progreso de Turquía en ámbitos como el político o el constitucional, que antes habían supuesto un problema a sus aspiraciones de adhesión. Se habló claramente de iniciar negociaciones con Turquía, de igual a igual, que con el resto de estados candidatos.

A partir de 2004-2005, las reformas tendrían continuidad y se reforzarían con la creación del denominado Grupo de Control de las Reformas, que también incluían el marco financiero, puesto que Turquía se estuvo beneficiando de ayudas del programa PHARE y otros similares hasta 2007, sustituido en 2008 por el denominado IPAC (Instrumento de Ayuda a la Preadhesión). Como se verá en años sucesivos, el incumplimiento de los criterios de Copenhague, sobre todo en lo referente a derechos humanos, libertades o minorías lastrarían su posible entrada en la UE.

La cumbre de jefes de Estado y de gobierno de Bruselas, de finales de 2004, abordó entre otros asuntos de crucial importancia para Turquía, la fecha del inicio de negociaciones, las cláusulas, el plan B o el periodo de negociaciones. En este marco Erdogan dio a conocer su faceta de hábil negociador. Supo poner sobre la mesa de negociación la cuestión de Chipre, que siempre ha sido un obstáculo en las negociaciones de adhesión entre ambas partes. Pese a llegar a un acuerdo, la cumbre finalizó con muchas incógnitas para Turquía, ya que su gobierno debía lograr una

solución al problema chipriota y mejorar en el apartado de libertades y derechos humanos.

Tras más de cuatro décadas, en el Consejo de la Unión de Luxemburgo de 2005, se abrieron las negociaciones de adhesión con Turquía, pero reservándose la UE la capacidad de congelar las negociaciones si se incumplían los principios básicos, siendo por ello un proceso muy exigente. Este marco negociador contaba con 35 capítulos, que serían evaluados anualmente mediante un informe de la comisión. Se informaría de los progresos, sobre todo en los campos en los que Turquía iría quedándose por el camino e incumpliendo reiteradamente, en los diez años que transcurrieron entre la apertura de negociaciones y finales de 2014, sus obligaciones. Tales como los ya citados Derechos Humanos, las libertades, el respeto a las minorías o el papel de la mujer en la sociedad turca, la contrapartida fue el ámbito económico, donde los avances fueron notables.

El año 2006 se iba a caracterizar por las primeras desavenencias en el contencioso chipriota y por la preocupación de Bruselas ante la escasa disposición de Turquía para cumplir los compromisos adquiridos el año anterior. Erdogan contestó elocuentemente a la UE afirmando que no iba a consentir retrasos en las negociaciones. Un duro informe de Bruselas, en septiembre de ese año, iba a venir acompañado del nombramiento como nuevo jefe de Estado de las fuerzas armadas del general Yaşar Büyükanit. El militar turco advirtió sobre la amenaza del fundamentalismo islámico y rechazó las directrices europeas en lo referente a la limitación del poder de las Fuerzas Armadas. La primera etapa del AKP al frente del gobierno, entre 2002 y 2006, estuvo presidida por sus compromisos con la UE, siendo una prioridad absoluta su integración en la misma. Lo que condicionó la futura postura del gobierno turco hacia la adhesión europea de Turquía fue la suspensión, en 2006, de 8 capítulos del proceso negociador. Tal interrupción, como se afirma en esta obra (pág. 178), «marcó un antes y un después en el futuro proceso comunitario turco, no siendo a partir de ese momento la integración europea una prioridad absoluta para el ejecutivo de Erdogan».

Nuevamente, y tras la presentación de un informe negativo sobre los progresos de Turquía por parte de la Comisión Europea, las negociaciones de adhesión volvieron a abrirse a partir de marzo de 2007. En ese informe no se valoraba positivamente la llegada a la presidencia del país otomano de Abdullah Gül, cuya consecuencia más palpable fue la movilización en su país de los defensores de la secularización y en particular del ejército. Gül abogaba por una islamización de la sociedad y la retirada de las fuerzas armadas como garante del mantenimiento de la república turca. Dicho informe también hablaba de ciertos avances, aunque reiteraba las preocupaciones de 2006, sobre todo en lo referente a la cuestión de Chipre y de los derechos civiles de las minorías.

A lo largo de 2008 los líderes francés y alemán se reafirmaron en la idea de una «Asociación privilegiada», ya sugerido por Austria con anterioridad, postura que fue rechazada de inmediato por Turquía. Además, una acusación contra el AKP por parte del Tribunal Constitucional turco no fue tenida en cuenta por la UE. Se temía un parón en el proceso negociador si el partido era ilegalizado. En el informe

presentado en 2008 se insistió en pedir más esfuerzos para progresar en el cumplimiento del acervo comunitario. Era de especial preocupación para la Comisión el problema endémico de la corrupción. Erdogan y Turquía desplegaron su interés hacia tres áreas fundamentales: potenciar un gobierno más personal, los asuntos políticos y la UE. En este último aspecto el presidente turco se mantuvo muy activo como prueba el viaje a Bruselas en 2009, donde al igual que su primer ministro y el presidente norteamericano, Barack Obama, insistieron en que la entrada de Turquía en la UE sería beneficiosa para ambas partes, opinión que no compartían varios líderes europeos.

En una situación caracterizada por la incertidumbre, el apoyo de la población turca a la Europa comunitaria descendió, mientras que, a la par, el rechazo de la población europea a la candidatura turca aumentó. Bruselas argumentó que la congelación de varios capítulos con un pretexto político no había sucedido antes con ningún otro candidato. Por su parte, Davutoglu, ministro de relaciones exteriores de Turquía, apostilló que «los caminos de Turquía y la UE eran divergentes». Junto al que, en el proceso negociador, se constató hacia finales de 2009, salió a la luz un nuevo informe no muy positivo, que llevó a Ankara a presentar a comienzos de 2010 la denominada «Estrategia de la UE sobre el proceso de Adhesión de Turquía». Durante el segundo semestre de 2010 el país otomano siguió sin abrir ningún capítulo negociador, fracasando en su adaptación a la normativa europea.

La llegada del año 2011 iba a estar marcada, a nivel internacional, por el estallido de las revueltas árabes tanto en el Magreb como en el Mánshrek. La figura del presidente turco se irguió como un modelo para el mundo musulmán. A ello contribuyó su revalidación, por tercera vez, al frente de la jefatura del gobierno, una victoria no del todo satisfactoria, porque la población turca estaba más fragmentada y polarizada. En lo referente al ámbito comunitario, la Comisión abogó por el cumplimiento del Protocolo Adicional y por liberar los capítulos de la negociación que estaban congelados, mientras que para el gobierno turco los asuntos comunitarios no estaban entre sus prioridades. En los aspectos en los que no se mostraron avances desde hacía tiempo (derechos humanos, libertades o la situación de la mujer), no se produjeron mejoras significativas, sólo se procuró adecuar la situación de las fuerzas armadas y el sistema judicial. Si a partir de 2006 el proceso negociador de Turquía había experimentado un importante frenazo, en este 2011 la situación empeoró. Erdogan aumentó su personalismo y la población turca se alejó de Europa debido a varios factores que fueron, entre otros, las promesas incumplidas, el malestar por las sentencias del Tribunal Europeo de Derechos Humanos o las negativas de varios políticos y estados europeos a la candidatura de Turquía.

A partir de 2012, como resalta Pérez Fernández (pág. 210), Turquía se fue alejando poco a poco de un proceso abierto pero inconcluso. Es de destacar que, en marzo de ese año, se convocó en la capital comunitaria a los representantes políticos turcos de cara a reforzar la integración. La Comisión Europea dictaminó que el país tenía una dinámica económica positiva, un importante papel regional y que hacía una gran contribución a la política exterior y a la seguridad energética de la UE. Lo calificó de país fundamental en la seguridad y prosperidad de la Unión. En este

marco nació la denominada «Agenda Positiva», dedicada a fortalecer el proceso negociador turco, un avance que no tuvo continuidad durante el segundo semestre de 2012, debido a la presidencia europea de la República de Chipre, que Turquía siguió sin reconocer.

Un gesto francés en 2013 pareció recomponer las relaciones de Turquía con la Unión Europea, tras casi tres años de parálisis del proceso de adhesión: el desbloqueo del capítulo 22 del marco negociador. A pesar de ello, el máximo mandatario turco buscó nuevos objetivos políticos a los que aspirar, tales como Rusia, China o incluso la incorporación en la Organización de Shangai. El viaje de la canciller Merkel a principios de año a Turquía sirvió para tratar de impulsar las negociaciones de adhesión. Varias fueron las condiciones que se recogieron en un informe de abril de 2013 sobre el país otomano. Tras los sucesos de mayo de ese año en Turquía, al rechazar la UE los métodos de represión empleados contra los manifestantes turcos, las negociaciones quedaron bloqueadas por parte de los veintisiete.

Tras cinco años sin viajar a la capital comunitaria, a inicios de 2014 Erdogan visitó Bruselas, desde donde retornó a Turquía con la exigencia de respetar la ley y los valores europeos. Aunque la Asamblea turca aprobó la ley de Reforma, su presidente no la sancionó. En un nuevo viaje a Berlín, Erdogan trató de conseguir el apoyo alemán tras las manifestaciones de la canciller Merkel. Afirmaba que el proceso de adhesión turco estaba abierto y no tenía plazos. Los nuevos comicios de finales de año dieron, por cuarta vez consecutiva, la victoria al AKP, durante la campaña electoral siguió sin hablarse del proceso de adhesión a la UE. Pese a ello, el nuevo primer ministro Ahmed Davutoglu, tal y como se refleja en el libro, centró su atención en torno a tres aspectos esenciales para su país: el problema kurdo, la economía y la Unión Europea. Se afirmaba que la integración era prioritaria, culminando todo ello con la denominada «Nueva Estrategia» de Turquía con Europa y se fijaba de nuevo el año 2023 para lograr la adhesión. El año 2014 acabó con la visita a Turquía de la responsable europea de política exterior europea, Federica Mogherini, que sirvió para intentar reconducir unas dilatadas relaciones que, tras diez años, solo habían cerrado un capítulo de los que componían el marco negociador.

A modo de conclusión y en referencia a la temática del libro que reseñamos, habría que decir que, a día de hoy, el proceso de adhesión de Turquía a la UE sigue estancado y la actual crisis económica y sanitaria mundial lo han ralentizado aún más. A lo que se une que el presidente turco, Recep Tayyip Erdogan, ha tomado para su país un camino muy alejado, en lo político, lo social o lo económico, de lo que propone Bruselas para sus estados miembros.

José Luis GARCÍA HERNANDO
Junta de Castilla y León.